guen, de los representantes de la Iglesia; la del Comisionado Eclesiástico, y la del Prior del Convento del Carmen.

El primero dijo:

"Exmo. Señor:—Ha llegado un día lleno de ventura para nuestra patria. Día feliz en el que puede aplicarse al esclarecido joven, al muy valiente General á quien la Divina Providencia corona con los laureles de la victoria, las expresiones gloriosas que dijo al vencer terribles enemigos, aquel famoso César: *Llegué, ví y vencí.*

"En verdad; seis días han bastado para trepar alturas inaccesibles, para allanar insuperables estorbos y dar la paz á nuestros hermanos que gemían encadenados bajo el yugo de la demagogia, que miente libertad, que miente garantías, y que sólo otorga á los pueblos que logra seducir, libertinaje y desapiadadas persecuciones."

El segundo se expresó así:

"Exmo. Señor:—En representación del Cuerpo de regulares de esta Capital, tengo el honor y la muy grata satisfacción de felicitar á V. E., como de hecho lo felicito, por el brillante y completo triunfo que ha alcanzado sobre los jurados enemigos de la religión y de la sociedad. La religión y la sociedad aprecian en su verdadero valor el eminente servicio que V. E. acaba de prestar; y por esto es que, después de colocar sobre su frente uno de los laureles con que la justicia premia á los héroes, una y otra escribirán con caracteres de oro en las páginas de su historia, el nombre de V. E. para que su memoria se conserve de generación en generación.

"Señor Exmo.—Los hombres de buena fe; las clases todas de la sociedad y hasta la virgen que se consagra á Jesucristo, todos al fijar sus miradas en la desgraciada Veracruz, y al ver las infames maquinaciones que allí se preparan por unos cuantos malos mexicanos, tiemblan, pero llenos de confianza se abandonan en los brazos de V. E., como el navegante se entrega al diestro piloto en los momentos de una terrible tempestad. ¿Por qué? Porque todos ven en V. E. al diestro caudillo, al General impertérrito, y sobre todo, al hombre señalado por el dedo de Dios para humillar y confundir á la demagogia, para conservar la religión de nuestros antepasados, para defender la independencia, y en una palabra, para dar á México la paz, á cuya benéfica sombra descanse de sus largas fatigas, y después emprenda con paso firme su camino al verdadero progreso y felicidad..... "

Pasadas estas fiestas, Miramón emprendió su retorno á la Capital, adonde llegó el 7 de Enero, haciéndose la ilusión de que quedaba pacificada aquella parte tan importante del país, que acababa de visitar, ó cuando menos, incapaz por entonces para emprender nada serio y de provecho en contra del Gobierno de México.

¡Sus pasajeras victorias llenaron de júbilo al partido tacubayista, reanimando un tanto sus abatidas esperanzas!

Ya al terminar el año, el partido constitucional sufrió una gran pérdida.

Cruz Ahedo, el valiente liberal que tanto se distinguió en la defensa de los Supremos Poderes, en Guadalajara, cuando el pronunciamiento de Landa, en Marzo de 1858, murió asesinado en Durango, al intentar sofocar un motín.

Fué de los primeros que se retiraron al Sur del Estado (Jalisco), á levantar á los pueblos en contra de la reacción, después de los tratados de Parrodi; y sirviendo la Secretaría de Gobierno de Ogazón, y desempeñando el puesto de Jefe de un Cuerpo de Guardia Nacional, se distinguió en ambos empleos, por su aptitud y adhesión á la causa de la Reforma, y por su valor como soldado, particularmente en la toma del Convento de Santo Domingo en Guadalajara, en cuya ciudad nació y en la que hizo una brillante carrera literaria.

Juan Alvarez